

pa con las ciencias se ha engrandecido en el comercio, poder, y conquistas, se ha civilizado, ha destruido el bárbaro espíritu de discordias civiles, y ha equilibrado los derechos del súbdito y del Soberano; no por esto ha logrado que sean mejores, y mas respetadas las leyes públicas; que la fé pública estienda mas su imperio; que los hijos sean mas dependientes de sus padres; que estos sean mas atentos al gobierno doméstico, y que las mugeres vivan con mayor reserva y honestidad. Mas estos defectos provienen no de las ciencias, sino de la falta de educacion moral. Las ciencias en los verdaderos sábios conspiran á la reforma de las costumbres viciosas, y á la adquisicion de la virtud; mas los Sábios verdaderos siempre son pocos; y para el comun del pueblo se suple con la educacion moral la falta de las ciencias. España da pruebas prácticas de esta verdad. Sus dominios son inmensos; y no obstante porque en ellos reyna la educacion moral, que da la Religion santa, se mantienen y gobiernan con suma paz, como si formáran un pequeño Estado. Por el contrario, Inglaterra, en cuyos dominios la libertad de conciencia ha ofuscado el espíritu de la moral Christiana, ha experimentado los funestos efectos de la rebeldía en varias provincias suyas. Concluyamos, pues, diciendo, que debe Europa su gran poder, esplendor, y riqueza á las ciencias; porque éstas tienen influxo eficaz sobre los intereses generales de qualquiera nacion; y la honestidad de los individuos depende de la buena educacion moral en tal grado, que las ciencias conspiran á hacer mas fructuosa la misma educacion en el pueblo, y en las personas distinguidas. Si en éstas falta la educacion moral, les sería mejor la ignorancia que la sabiduría; no porque ésta las hace más viciosas; sino porque se valen de ella para hacer comunes al pueblo sus vicios personales con su autoridad y eloqüencia.

CA-

CAPITULO IV.

El Hombre en las ciencias.

EL Hombre en las ciencias es el miembro mas ilustrado y útil de la Sociedad civil; porque con ellas hace conocer mejor los debéres que la razon natural dicta para que la criatura se acerque al Criador, el hijo se estreche con el padre, el súbdito obedezca al superior, y los ciudadanos se unan entre sí con vínculos indisolubles de religion y razon. Con las ciencias la Sociedad se hace civil y religiosa; y se inventan y perfeccionan las artes, que concurren para su felicidad temporal. Estos beneficios, que son efectos necesarios de las ciencias en los que las aprenden, ó enseñan, ó promueven, extienden su influxo sobre todos los miembros de la Sociedad humana; y porque en obsequio de las ventajas espirituales y temporales de ésta escribo la presente historia del Hombre; despues de haber considerado á éste en aquel punto de vista en que se dexa ver en lo moral y civil, digno miembro de la Sociedad, deberé considerarle tambien con relacion á lo científico, que es complemento de lo moral, civil, y temporal de la misma Sociedad. En los primeros años de la vida del Hombre he discurrido de su educacion física, civil, y moral; porque de esta sola materia la naturaleza presenta capáz al Hombre en aquella edad. Crece con ésta el Hombre, y al mismo tiempo se va presentando capáz succesivamente de las ciencias, que se diferencian en los grados de su sublimidad; y segun estos grados, y el succesivo aumento de conocimiento en el Hombre, trataré de las ciencias que debe ó puede aprender. El asunto no es nuevo; ni el lector espere novedad en los discursos de un asunto, que se ha tratado por muchos Au-

to-

ttores modernos. Mas yo no pretendo decir novedades; si por ventura tales no son las noticias antiguas, que por haberse olvidado aparezcan como nuevas á muchos. Mi intento es proponer sobre el estudio científico algunas reflexiones que me parecen conducentes para asegurar sus progresos, y hacerlos sólidos y estables á favor de la Sociedad. Sobre el bien espiritual y temporal de ésta influyen mucho las ciencias: el estado de éstas es alterable; y sus alteraciones pueden producir efectos funestos. A la alteracion de las ciencias pueden concurrir várias causas, como la falsa idea de su estudio, y de sus progresos aparentes, el mal establecimiento de universidades y academias, la dificultad en imprimir, y otras cosas semejantes, que tienen estrecha conexión con la literatura, como se expondrá en los discursos siguientes.

§. I.

Reflexión sobre el estado presente de las ciencias.

Luis Vives en su obra (admirable segun todos los críticos) sobre las causas de la corrupcion de las ciencias, fue el primero que declaró guerra al mal gusto que en las ciencias habia introducido la ignorancia de los siglos bárbaros, obscureciendo el resplandor de las luces que da el estudio científico; y aunque (como advierte Cano) no fue tan feliz en prescribir el método de estudiar las ciencias, como en descubrir los errores con que se enseñaban; no obstante se debe confesar, que el descubrimiento que Vives hizo de los errores de algunas ciencias y de sus métodos, fue causa principal de la disipacion de las tinieblas que ofuscaban la verdad, que empezó á aparecer luego en la república literaria. Apenas ésta experimentó los primeros y felices efectos de la reforma de las ciencias.

ciencias, quando aparecieron tropas de literatos empeñados en descubrir en las ciencias nuevos errores, y en señalar nuevos métodos lisongeandose de perfeccionar de este modo el estudio científico. Este espíritu literario (que comunmente es el de la novedad, que corrompe la Sociedad en lo moral y civil) ha animado y anima á tantos literatos para escribir innumerables libros de diccionarios científicos, compendios y métodos de estudiar y renovar las ciencias. La muchedumbre, variedad, y aun contrariedad de estos escritos, confunden hoy las ciencias, no menos que las confundia la ignorancia de los siglos bárbaros. Se han descubierto y disipado los obstáculos, errores, y nublados, que hacian las ciencias inaccesibles; ó nos ocultaban la verdad, que conocieron los antiguos Sábios de Roma, y Atenas; mas no por esto vemos aparecer, ó formarse otros Sábios iguales. La renovacion de las ciencias debe tener sus límites para que crezcan en perfeccion las que son capaces de aumento; mas no se renuevan bien, ni se aumentarán jamás las ciencias con métodos, que causan en ellas confusion y contrariedad. Yo creo, que actualmente se debe tratar no de aumento mas de restriccion ú disminucion de ciencias; no de confundirlas con variedad de métodos, sino de amplificarlas con método sólido y constante.

Mas al indicar este modo mio de pensar, parece oír desconcertados gritos de algunos literatos, que faltos de respiracion por el ardor que los anima, y por la priesa en impugnarme y confundirme, me dicen, renovacion, resurreccion, y aun animacion de las ciencias se deben proponer; porque si éstas no están muertas, dan pocas señales de vida; están moribundas; y si tales no estuvieran, no veriamos, que algunas de ellas continúan en estar como estatuas inmóviles. Pasan años, y mas años; y vemos, que las

sen-

sentencias y dudas no mudan de naturaleza ni de estado; la opinion siempre es opinion; la duda no dexa jamás de ser duda; y lo que una vez se afirmó ó dudó, se sigue siempre afirmando ó dudando. Se juró impiamente en otro tiempo sobre la fé de Aristóteles creído vanamente maestro universal; hoy se blasfema de su doctrina; mas se vuelve á jurar sobre la fé de otros Sábios, que por usurpacion se ponen en el trono del magisterio universal. De este modo en las escuelas no se admiran inventores; sino maestros, y discipulos: aquellos enseñan lo que aprendieron; y estos saben solamente lo que les enseñaron. Las ciencias están encarceladas en el círculo vicioso de aprender y enseñar siempre una misma cosa; no sucede así en las artes mecánicas; las cuales continuamente mudan de estado, y van siempre volando á la perfeccion. El artesano que inventa cada dia cosas nuevas, y que enseña mas que lo que aprendió, reprehende la infame desidia del literato, que no traspasando los límites de la educacion, no se atreve á inventar nada; ó juzga que es imposible enseñar mas que lo que aprendió, ó se ha inventado.

Estas quejas me figúro oír contra el estado de las ciencias; y confieso ingénuamente, que la aparente razon en que se fundan, la no poca lectura de libros de metodistas modernos de ciencias, y el ardor juvenil en otros tiempos me preocuparon algo la fantasía, y casi me hicieron conjeturar, que las ciencias estaban aun en su infancia, y necesitaban crecer mucho; mas las reflexiones de edad madura me hicieron conocer despues, que no se da aumento en las ciencias sin estabilidad en sus principios, y que la renovacion perjudica á algunas de ellas.

No se puede negar, que por muchos siglos las ciencias han estado en las escuelas como estátuas inmóviles sin dar un paso; mas de esta inmovilidad hay vá-

várias causas: no todas éstas culpan la desidia de los literatos que no las han adelantado, ó puesto en movimiento; y algunas son efecto de haberse abandonado el estudio antiguo, con que se han formado los grandes oradores, poetas, historiadores, y sofistas, que hasta ahora respetamos como Príncipes en sus respectivas facultades. Discurriré algo sobre las dichas causas, para que con el debido conocimiento de ellas sea justo el juicio que se debe hacer de las quejas contra el estado de las ciencias presente, ó pasado.

Las ciencias son especulativas, ó prácticas; morales, ó naturales. Las especulativas, y morales dependen solamente de la razon natural; las prácticas, y naturales dependen de la observacion y experiencia. Las ciencias especulativas y morales son actualmente lo mismo que en substancia fueron dos mil años há, quando los hombres de gran talento llegaron á cultivar con perfeccion el estudio científico. Estas ciencias son parto del entendimiento esclarecido y libre de preocupaciones; el tiempo, la observacion, y la experiencia no tienen influxo alguno sobre ellas; la retórica, historia, poesía, ética, política, y teología natural serán despues de dos mil años lo que son ahora; y lo que fueron dos mil años há; si no es errado el juicio de todos los Sábios, que reconocen aun á varios Autores griegos, y romanos por Príncipes en dichas ciencias. Los libros antiguos de éstas contienen substancialmente todo lo que se ha escrito ó trasladado en los mejores de los modernos; la diferencia que se halla, es solamente accidental y proveniente del método, el qual fácilmente se inventa despues que las ciencias llegan á su perfeccion. El método facilita el estudio, y porque esta facilidad no se logra con tantos métodos nuevos, como se proponen continuamente, se debe conjeturar que se observa poco el único, que entre tantos métodos

será idóneo para facilitar el estudio de las ciencias. El Gobierno, pues, debe prescribir el método de estudios con aprobacion de los mayores Sábios de la nacion; y despues de haberlo puesto en todas las escuelas de ella, debe consultar la experiencia, informandose de los nuevos progresos, que resultan de la enseñanza científica.

Entre las ciencias especulativas se cuentan la lógica, y metafísica que en los siglos de la ignorancia han padecido graves, y perjudicialísimas alteraciones. La lógica es una retórica algo especulativa, y la metafísica es una ciencia mental, que depende de ciertas ideas, que con relacion á objetos verdaderos forma la razon humana; y aunque ésta siempre, y en todos los hombres es la misma; mas porque las especulaciones que hace, y las ideas que inventa ó finge para explicar la naturaleza y esencia de los objetos verdaderos, pueden ser muy várias en número y perfeccion, la rectitud ó vicio de tales especulaciones é ideas conspiran mucho á rectificar ó viciar la lógica, y metafísica. Reduzcase la lógica á los límites de la retórica, en que estaba antiguamente, y será perfecta. Considérese la metafísica como una geometría mental, y se rectificarán los discursos especulativos; así como con la geometría matemática se rectifican los discursos de los objetos sensibles. La lógica, y metafísica, que hemos heredado de nuestros inmediatos progenitores, no eran retórica, ni geometría mental; sino un esqueleto de estas ciencias vestido y desfigurado con las especulaciones que introduxeron la supersticion, el ningun gusto de literatura buena, y los fogosos y desconcertados celebros de los Arabes. Mas simplifiquemos la lógica, y metafísica tan desfiguradas; despojémoslas de las vanas especulaciones, con que están vestidas; dexémoslas desnudas; y luego descubriremos su verdadera naturaleza, y lo que fueron en la antigüedad.

Des-

Descubriremos, que todos los principios y doctrina de la lógica, y metafísica se reducen á pocos preceptos, con cuyo fácil uso la razon sin perder nada de su solidéz en el pensar, da método y fuerza á sus discursos, penetrando hasta lo más íntimo de la esencia de las cosas. Las obras filosóficas de Ciceron bastan para convencer la bondad de la lógica, y metafísica de los antiguos, que se desfiguraron con las falsas especulaciones en los siglos de la ignorancia.

Las leyes son ciencia medio práctica respecto de los Legisladores de pocas luces, y son especulativas respecto de los Legisladores de sublime conocimiento, con el que prevenen las causas, efectos, y resortes de las pasiones del Hombre en soledad, y compañía. Los hombres siempre han sido los mismos; mas su Sociedad civil no siempre ha sido la misma; ésta ha sido buena, ó mala, segun la calidad de las leyes. Antiguamente en pocos renglones se contenian las leyes con que se gobernaban naciones de millones de almas, que carecian de las luces de la verdadera Religion, que da todo realce á la Sociedad civil; y hoy se escriben tomos enteros de leyes para gobernar una comunidad de pocos hombres, que conocen sus deberes con las luces de la verdadera Religion. La felicidad de las antiguas naciones, se infiere de la magnificencia de sus Reyes, y de la inalterable armonía entre sus derechos con los de los súbditos. Las siempre admirables fábricas de los Egipcios, que á la soberbia romana parecieron ser efectos portentosos del mas estupendo lujo, no se pudieron hacer sin que la nacion egipcia nadase en la opulencia. Esta no daba al Rey libertad contra los derechos del súbdito, que se fundaban en los vínculos recíprocos del patriotismo, inviolables en aquel tiempo, y hoy rotos frecuentemente con el ligero influxo de un vil adulator, ó traydor de la patria. El mejor gobierno en el presente te-

nebroso siglo, que se llama de ilustracion, no dexará de confesar admirable en sus leyes al gran Licurgo; ni prudentemente esperará, que en la presente constitucion legal renazca otro Licurgo. Así, pues, en la jurisprudencia, como en la retórica, historia, poesía, ética, política, y teología natural, no se debe desear aumento ó renovacion, hasta que tengamos literatos, que siendo mas sábios y prudentes legisladores que Solon, y Licurgo; mas eloqüentes que Demóstenes, y Ciceron; mejores poetas que Homero, Virgilio, Horacio, Anacreonte, Píndaro, y Sófocles; mejores historiadores que Tito Livio, y mejores éticos que Aristóteles, se hayan formado sin leer á estos autores, y con métodos diferentes de ciencias. Fórmenos y preséntenos Condillac tales hombres con su nuevo método de estudios, con su lógica, que llama nueva, y con sus extrametafísicos tratados de los conocimientos humanos; y entonces renunciaremos á los Demóstenes, Cicerones, Homeros &c. á sus reglas científicas, y á los Vives, Osorios, Marianas, Perpiñanes, Granadas, Bourdaloues, Señeris, y otros, que se han formado con ellas.

No crea el lector, que yo por preocupacion, y menos por edad defiende la antigüedad; la defiende por la verdad, á la que únicamente ofrece incienso mi corazon despegado de toda vil pasion que causan ó fomentan la educacion, el mal entendido patriotismo, el fanatismo, y el espíritu de contradiccion. La verdad me obliga á confesar, que los antiguos deben ceder á los modernos en las ciencias naturales. Los progresos, que algunas de éstas, como la Chímica, física, matemática, anatomía &c. han hecho, son palpables; mas no por esto debemos culpar á los antiguos, porque para perfeccionar las ciencias naturales no basta el mas sublime conocimiento; se necesitan observaciones, experiencias, y tiempo. No obstante esta confesion, debo hacer una breve reflexion, con que quizá se co-

no-

nocerá que los antiguos sobre las ciencias naturales no ignoraron tanto como se cree; y que los modernos no adelantan útilmente tanto como juzgan. No quiero, pues, traer á la memoria las observaciones astronómicas de los antiguos Babilonios, ni otros puntos algo oscuros de la historia de las ciencias naturales; mas solamente insinuaré una anecdotia clara é innegable; y es, que Hipócrates en medio de la ignorancia que entre los antiguos suponemos de la anatomía y física moderna, aun no ha perdido entre los Sábios modernos el sobrenombre de divino: Hipócrates ignorando la física moderna, nos ha dexado axiomas, que hasta ahora se verifican; ¿quántos axiomas de Hipócrates se han descubierto falsos con los nuevos progresos científicos? ¿Quántos axiomas han añadido los modernos á los de Hipócrates? Si se hubieran perdido las obras de Hipócrates, ¿todos los descubrimientos modernos bastarian para formar otras semejantes de nuevo? ¿Se hubieran formado? Hipócrates, vuelvo á repetir, se llama divino por los modernos, como se llamaba por los antiguos; y esto basta para conocer que su doctrina en materia de física aún se mira como admirable, é incorregible, á despecho de los nuevos descubrimientos en las ciencias naturales. Yo confieso, que en éstas se han hecho progresos; mas ignoro si son útiles, ó si se saca utilidad de ellos; pues veo que los axiomas médicos no crecen en número, sino que perseveran casi los mismos, que se leen en las obras que se atribuyen á Hipócrates. ¿Qué importaría al verdadero Sábio el descubrimiento, que de los satélites de Júpiter hizo Galileo, si despues no se hubiera hecho útil tal descubrimiento valiendose de los satélites para determinar la longitud geográfica de cada punto de la tierra? Así, pues, nada importan á la Sociedad los progresos científicos, que no son, ó no se hacen útiles. Los Sábios que inventan cosas nue-

vas

vas sin hacerlas útiles, son como los Generales que vencen, y no saben aprovecharse de la victoria. Los antiguos hicieron menos progresos que los modernos en las ciencias naturales; pero sacaron de ellos mas utilidad que se saca al presente de tantos famosos descubrimientos; los antiguos descubrian menos que los modernos, y adelantaban mas en las ciencias. Los axiomas de Hipócrates nos obligan á confesar, que él sin el gran ajuar de compases matemáticos, instrumentos físicos, y hornillas Chímicas, conoció la naturaleza no menos que los modernos. Estos ciertamente no saben lo que él ignoró. Hipócrates conoció la naturaleza por la observacion atenta de sus efectos; desde estos pasó á las causas; y el acierto de sus máximas prueba, que sus conocimientos y progresos en la observacion, fueron justos y útiles. De la medicina de los antiguos diré últimamente, que quien quiere pronosticar médicamente, debe leer á Hipócrates; quien quiere dar método á la medicina, debe leer á Galeno; y quien quiere hablar de la virtud de las hierbas, no debe despreciar los escritos de Teofrastro, y Dioscórides. Si es aun tan admirable la doctrina de estos antiguos, que ignoraron los progresos modernos de la física; parece, que esto mismo nos obliga á sospechar, que, ó son inútiles estos progresos, ó que se tiene habilidad para inventar, y no para hacer útiles las invenciones. Esta proposicion me parece verdadera respecto de la mayor parte de las ciencias naturales; y si con mas fundada reflexion alguno la juzgare tal, deberá inferir que con los nuevos progresos científicos no se ha encontrado el camino ó método, que nos conduce para hallar la verdad y utilidad en las ciencias. Este camino sin duda encontraron los antiguos: pues si no le hubieran encontrado, no podian haber hallado tantas verdades, en circunstancias en que la falta de la Imprenta, el poco comercio literario, y la imperfecion

cion de las artes les hacian mas difícil que á nosotros el estudio de la física. Esta reflexion me da oportuna ocasion para hacer la siguiente, con que conclúyo este discurso, poniendo en su verdadera vista el cotejo justo entre los antiguos y modernos.

Algunos literatos modernos han sido mas Sábios que los mas ilustres Sábios Romanos; así como algunos de estos fueron mas Sábios que los Griegos; mas por esto se dirá; que entre los modernos ha habido, ó hay mayores hombres que admiró Grecia? No. La sabiduría presente se funda en los progresos que hicieron los antiguos; estos encontraron y allanaron el camino, por donde los modernos pueden correr sin trabajo ni tropiezo. La grandeza de los Sábios no se debe medir ó inferir de sus escritos aislados: mas de estos considerados en las circunstancias en que vivieron sus Autores. Estos con su talento, y con la simple naturaleza descubrieron el camino de las ciencias; nosotros caminamos con la luz de sus descubrimientos, y con la naturaleza en todas sus vistas por beneficio de la óptica, química, y mecánica; y hay gran diferencia entre el maestro que por sí mismo se ha hecho, y el discípulo que no sabe sino lo que aprendió del maestro. Es mas fácil adelantar lo inventado, que inventar de nuevo; mas lo poco que se adelanta con los nuevos descubrimientos, y lo mucho que los antiguos nos dexaron descubierta y adelantado, prueban la verdadera diferencia, no ya de talentos (que en todo país, y siglos se encuentran grandes), mas de rectitud, y buen método de pensar. A estas causas atribuyo yo, que los antiguos empezando á cultivar la retórica, poesía, y otras ciencias especulativas, llegaron prontamente á poseerlas con tanta perfeccion, que sus escritos nos sirven de regla viva; y nosotros sin tener mas trabajo, que imitar lo que hallamos hecho, no llegamos á imitarlos perfectamente; porque nos faltan el buen método

y

y rectitud de pensar. Y esto debe bastar para que con justa crítica se forme juicio verdadero del estado de las ciencias. Los progresos útiles de éstas consisten principalmente en que la mente fecunda de los principios sólidos de las facultades se acostumbre á pensar con rectitud, y sin vanas especulaciones; lo que se consigue leyendo solamente autores magistrales. Para lograr dichos progresos son necesarias tambien providencias justas de buenos estudios públicos, premios, y otros medios útiles para promover las ciencias, como se expondrá inmediatamente.

§. II.

Establecimiento de universidades ó estudios públicos, y de premios para que florezcan las ciencias.

EL estado civil no es el terreno material, á que se extiende su jurisdicción; un terreno despoblado no se llama propiamente estado. Este se forma de hombres que le pueblan, como tantas plantas racionales, que, como sucede en las insensibles, deben tener el necesario y propio cultivo. Sirven á la vida humana las plantas rústicas de los bosques con sus maderas ó frutos silvestres; así sirven á la Sociedad civil los hombres, que fructifican solamente á costa de sus fatigas corporales. Las plantas preciosas, y de frutos estimables y delicados ocupan los huertos y jardines; que son sitios en que el arte é industria dan con el cultivo á la naturaleza nueva perfeccion; así los hombres, que han de ser las plantas mas preciosas y estimables en la Sociedad civil, deben tener su cultivo en sitios ventajosos y determinados, como son las universidades, estúdios públicos, y colegios, en donde la enseñanza sirve de emulacion y exemplo, y es notoria

ria al gobierno público. Desde que hubo ciencias en el mundo, hubo sitios públicamente destinados para enseñarlas; y de los Caldeos, Hebreos, Egipcios, Griegos, y Romanos han heredado sucesivamente las naciones modernas la comun costumbre de universidades, y academias públicas para enseñar y cultivar las ciencias.

Cátedras de ciencias, maestros que las enseñen, discípulos que las aprendan, ejercicios literarios, honores y premios por el estudio científico son los constitutivos de las Universidades. En éstas se deben enseñar todas las ciencias que piden la Religion, y las necesidades de la Sociedad civil, para que el Hombre logre la felicidad espiritual y temporal, que necesariamente proviene de su estudio. Universidades de ciencias solamente especulativas serían buenas para la Sociedad de entes puramente espirituales; la Sociedad de hombres necesita ciencias especulativas, y prácticas, teológicas, y naturales. Todas las ciencias, de que es capáz el Hombre, tienen conexión entre sí, y con su felicidad eterna y temporal; y así el conocimiento del menor efecto de la naturaleza le hará descubrir alguna utilidad temporal, y le servirá de escala para subir con su mente y espíritu de adoracion á su Criador. Las ciencias son como las virtudes; todas tienen relacion entre sí, y todas son igualmente necesarias. En el Hombre el íntimo, é inexplicable comercio recíproco de alma y cuerpo, hace que éste viva materialmente con dependencia del espíritu, y que éste exercite sus funciones con dependencia del cuerpo; así la relacion necesaria entre las ciencias, hace que las especulativas y prácticas tengan recíproca dependencia. Por tanto, el interés comun de la Sociedad civil, pide que todas, y cada una de las ciencias se enseñen y promuevan con igual perfeccion. Las filosóficas y teológicas, las morales y naturales, todas

igualmente son necesarias; la necesidad las hace iguales, aunque se diferencien en la materia que tratan; por tanto, respecto de todas ciencias deben ser iguales las providencias públicas, los honores y premios.

Perjudica notablemente á los progresos de la literatura el abuso de no ennoblecer igualmente las ciencias; así como á la perfeccion de las artes daña mucho la distincion de honor que vanamente se hace entre ellas. En un cuerpo religioso, en que todas las ciencias tengan el mismo honor, se verán hombres excelentes en cada una de ellas; porque el buen latino, el buen griego, el buen matemático no aspiran á ser teólogos, canonistas, &c. sino que perseveran contentos en la enseñanza de sus facultades, como en término de honor, y de carrera. Esto mismo se logrará en las Universidades, si todas sus cátedras son de igual honor, y premio; en este caso el latino no aspirará á enseñar la retórica; el retórico no pretenderá enseñar la filosofía; el lógico enseñará siempre la lógica; el físico la física; y así sucederá en las demás facultades, en que necesariamente habrá maestros grandes.

Estos se tendrán con la dicha providencia, y con otra principalísima de hacer que las cátedras sean premio de los que enseñan. Sin buenos maestros no se logran buenos discípulos; y consiguientemente no hay en los tribunales buenos Ministros, en los pueblos buenos Gobernadores, ni en las iglesias dignos Prelados. Verulamio hablando á su Príncipe decía, que las cátedras debian ser tales, que á los Profesores no se hiciese pesado morir en ellas (1). Esta máxima puesta en práctica llenaría brevemente de excelentes maestros las Universidades. En Salamanca, porque sus cá-

(1) Verulamio: *De augment. scient. lib. 2.* prefacio.

tedras están mejor dotadas que en otras Universidades de España, suelen envejecer, y aun morir profesores dignísimos; y entre estos, permitáseme hacer memoria de mi pariente Don Gerónimo de Morales, hábil Jurisconsulto, que contento con la suficiente renta de su cátedra, jamás pretendió ambiciosamente otro empleo, y varias veces se excusó de aceptar el que el gobierno pródigo le ofreció en las primeras audiencias del Reyno. Pádua es la Universidad, que actualmente se distingue en Italia por sus excelentes Profesores; porque los llama y detiene con grandes premios y rentas, que continuamente van creciendo para que envejeczan y mueran en las cátedras; como ha sucedido al célebre Juan Morgagni, Príncipe de la anatomía, que pocos años há murió de 97 años en Pádua regentando la cátedra anatómica con la renta anual de mas de cinco mil escudos de oro. De este modo se logran grandes maestros, semilla de excelentes discípulos. Un maestro solo puede iluminar una nacion; así Confucio iluminó la China, y Sócrates la Grecia. Los maestros grandes llaman á sí el concurso de discípulos: Teofrásto tenía dos mil; y el famoso Español Maldonado enseñando en París, y no cabiendo los discípulos en el aula, dictaba sus lecciones en los patios; y últimamente en la calle, asistiendo á ellas Curas, Abades, Obispos, y los mismos Hereses, como refiere Moreri. El medio, pues, necesario para lograr maestros insignes es aumentar anualmente la renta á las cátedras; y reservar empleos dignos, que se den solamente á los que hayan enseñado treinta, ó mas años.

La grandeza en los maestros se mide no solamente por su ciencia; mas tambien por su buena conducta de vida; doctrina buena sin buenas costumbres, ó no se halla, ó es infructuosa. La Religion, y la felicidad del Estado piden en los maestros gran sabiduría,